

mundo sería suyo. Ellos mismos, a cada nuevo hijo que nacía, se habían sentido más fuertes. Cada hijo les había unido más, estrechando los lazos que no podían romperse. Si habían salido vencedores en todas las luchas, a pesar de todas las penas y tribulaciones, debíanlo a su amor, a su trabajo, a sus hijos, de cuyo porvenir debían cuidar. La fecundidad es la gran triunfadora que engendra los héroes pacíficos que conquistan el mundo, poblándolo.

Aquella vez, cuando Mariana dió a luz a un niño, Nicolás, el undécimo, Mateo la abrazó apasionadamente, sintiendo que una vez más había vencido, a pesar de todos los obstáculos, de todas las penalidades. Era un hijo más, más riqueza, fuerza más poderosa, que debía cumplir su acción en el mundo.

Era la buena, la grande, la santa obra, la obra de fecundidad renovándose por la tierra y por la mujer, vencedoras de la destrucción y la muerte, creando subsistencias para los nuevos hijos, amando, queriendo, luchando, trabajando sin descanso ni descorazonamiento, para alcanzar vida más robusta, esperanza más cierta.

## LIBRO QUINTO

### I

Poco a poco volvió a recobrar la fábrica su actividad perdida. Bajo el golpe terrible que lo aplastara, Beauchéne no salió ya, quedándose las primeras semanas en su lugar, como aniquilado, sin deseo ni voluntad propia. Parecía corregido, no mentía ya, no pretextaba continuos viajes impuestos por los negocios, sin más objetivo que saciar las bruscas acometidas y liviandades de mujeres, cuya juventud exasperaba aún más en él la necesidad. Había vuelto a su trabajo, se ocupaba de sus asuntos, bajaba de nuevo todas las mañanas a los talleres, donde era ayudado eficazmente por Blas, un lugarteniente aplicado, activo, sobre quien descargaba más cada día los trabajos más pesados de la fábrica. Lo que más llamaba la atención de todos, no era solamente el cambio brusco de conducta observado en Beauchéne; lo que causaba verdadera sorpresa, era

la reconciliación del matrimonio, las solicitudes de Constancia para su marido, viviendo ambos de continuo acuerdo, y siempre a solas, en su hotel enlutado, donde sólo se permitía la entrada a los parientes.

Constancia, al día siguiente de la pérdida inesperada de Mauricio, había experimentado la sensación terrible de un enfermo a quien se amputa un miembro importante de su cuerpo. Ella no estaba ya entera, faltaba algo a su sér. Y en su pena, en sus sollozos de tierna alucinación, se exageraba de paso su desmesurado orgullo; tanto la hacía sufrir la idea de que ya no era madre, de que no tenía a su lado el príncipe heredero de su imperio. ¡Tanto como se había obstinado en aquel hijo único, que debía ser el solo dueño de su fortuna, el omnipotente dios del mañana... La implacable guadaña se lo había arrebatado, y la casa le parecía más pequeña, y la fábrica se le escapaba de las manos, sobre todo desde que Blas se encontraba instalado allí con su mujer y sus hijos, con toda aquella pululante fecundidad de los Froment. No se perdonaba el haberles acogido ella misma, y la consumía el deseo de resucitar a su hijo, de tener otro, para reconquistar su bien, su plaza, su trono. En compensación de su tibieza de esposa, había amado entrañablemente a Mauricio, y su amor maternal, hasta allí sin estallar, siempre mudo y profundo, encendíase de nuevo al presente con una brusca llamarada de fiebre, en la que se abrasaba todo su sér. Aquella maternidad dedicada a un solo sér, constituía ahora su mayor tormento. Era la madre burlada, robada; la madre a quien se arrebató a su hijo único, que quiere otro con un afán que no se satisfaría más que siendo madre otra vez. Su corazón, su orgullo, su carne, su ambición, necesitaba

un hijo. He aquí la razón por que instintivamente, sin cálculo, se había aproximado a su marido. En medio del duelo de la casa cerrada, del duelo exterior, hubo una renovación de la luna de miel. No se trató ya de defraudar; marido y mujer convinieron tácitamente en ello.

Constancia contaba apenas cuarenta y un años, y Beauchéne cuarenta y seis. Podían aún poblar un mundo. Se entregaron a su obra llenos de confianza en el resultado. Siempre se les veía juntos; se acostaban temprano; durante seis meses llevaron una existencia arreglada, metódica, poniendo toda su buena voluntad, toda su potencia en la obra empezada. ¡Pero el hijo deseado no vino! Pasaron otros seis meses, y ya entonces pareció que la buena inteligencia matrimonial empezaba a romperse; los reproches y riñas de alcoba se reanudaron, y Beauchéne empezó a escaparse de nuevo para tomar el aire, según decía él, mientras que Constancia, con los ojos enrojecidos, febril, quedaba sola en el hogar conyugal. Un día en que Mateo había ido a visitar a su nuera Carlota, y se entretenía en jugar en el jardín con la pequeña Berta, quedóse sorprendido al ver bajar a Constancia, que sin duda le había visto desde alguna ventana de su hotel. La señora Beauchéne acabó por llevárselo con un pretexto a su casa, y ya allí, después de haberle mirado fijamente durante algunos minutos sin pronunciar palabra, le dijo bruscamente:

—Mi querido Mateo: habrá de perdonarme usted ante todo, el que le hable de un asunto que ha de sernos a ambos desagradable... Sé que mi marido, hace próximamente unos quince años, tuvo un hijo con una obrera de la fábrica, y sé también que entonces le prestó usted el servicio de

intermediario, de ocuparse de aquella joven y de su hijo. ¿No es esto así?

Constancia calló, como esperando una respuesta; pero Mateo, estupefacto al oírle hablar de aquella cuestión, con acento y actitud tan resignados, y no comprendiendo a dónde iría a parar con aquel prefacio, no supo al pronto qué contestar.

—¡Oh!—continuó diciendo la esposa de Beauchéne,—no le dirijo a usted ningún reproche; estoy convencida de que sólo procuró usted, al obrar de aquel modo, evitar mayores males y el escándalo consiguiente. Por otra parte, no trato de reprimir una traición tan antigua. Mi único deseo es asegurarme de la verdad del hecho. Durante mucho tiempo, no he querido dar fe a las denuncias que sobre el particular se me han hecho. Hoy ese recuerdo vuelve a mi mente, me obsesiona, y es natural que me dirija a usted, pues no he dicho una sola palabra de ello a Beauchéne, por que creo sería fatal para nuestra felicidad el tratar de arrancarle una confesión, obligarle a explicar minuciosamente su irreparable falta. En fin, lo que acaba de decidirme es el recuerdo de nuestro encuentro el día que acompañé a la señora Angelín a casa de la comadrona de la calle de Mironesnil, y en donde le vi a usted con aquella joven que de nuevo tenía otro niño en sus brazos... Ya que la ha vuelto a ver, debe saber usted lo que hace, si vive su primer hijo, y en este caso dónde está y qué es de su existencia.

Mateo guardó nuevamente silencio. La fiebre en que veía poco a poco abrasarse a Constancia le había puesto en guardia, haciéndole rebuscar en su mente la causa de aquel extraño paso dado por aquella mujer tan soberbia y tan discreta al mismo tiempo. ¿Por qué se esforzaba en llevarle

a confidencias cuyos resultados no podía prever? Por fin, no pudiendo continuar tanto tiempo escudado en el silencio, trató de escaparse por la tangente con palabras evasivas.

—Señora, me pone usted en un verdadero compromiso, en un grave aprieto. Después de todo, yo no sé nada que pueda interesarle. ¿De qué serviría retrotraernos a un pasado tan lejano? Créame usted, olvide lo que le hayan podido decir, así obrará con la prudencia que soy el primero en reconocerle.

Constancia le interrumpió bruscamente; cogióle las manos y las retuvo entre las suyas con un apretón efusivo y tembloroso. Jamás se la había visto en aquella actitud tan franca, tan expansiva.

—Le repito—dijo,—que nadie tiene nada que temer; ni Beauchéne, ni esa joven, ni el niño. Comprenda usted mi deseo. No quiero más que conocer la verdad; la duda me atormenta. Es únicamente por mí, por quien le interrogo; por mi tranquilidad y mi reposo. ¡Ah, si yo le dijese a usted!...

Mateo empezó a adivinar. No había necesidad de que se lo dijese todo. La reconciliación de aquel matrimonio, al día siguiente del fallecimiento de Mauricio, ya le hizo comprender de lo que se trataba, del deseo ardiente de reemplazar al hijo muerto. Durante el año transcurrido, sin que el ansiado hijo llegara, había podido seguir la decepción sufrida por el matrimonio, su tristeza creciente, las querellas a que daba lugar su impotencia. Todo lo había adivinado. Constancia no contaba ya con la realización de su sueño, y sin embargo, no tenía una palabra de despecho, de odio, de celos, era solamente la madre la que sufría, no la esposa engañada; era el hijo lo que envidiaba con toda su alma, y este recuerdo volvía

a su mente como una burla sangrienta, como un insulto, cada vez que se convencía de la inutilidad de sus esfuerzos, de la muerte de toda esperanza. Y cada mes la desilusión se agravaba, y cada día soñaba más apasionadamente con el hijo de la otra, y sentía mayores deseos de saber dónde estaba, si se parecía a su padre, si gozaba de salud, qué había sido de él, en fin.

—Le aseguro, Mateo, que haría usted una buena obra calmando mi ansiedad... ¿Vive? Dígame usted solamente si vive; pero no me engañe... Si hubiera muerto, quizá quedaría más tranquila; pero ¡de veras! no le deseo ningún mal.

Mateo sintióse conmovido y no pudo resistir más, así es que acabó por contar sencillamente todo lo que sabía.

—Puesto que insiste usted, en nombre de su esposo; puesto que mis palabras han de quedar en secreto, sin que sirvan ni poco ni mucho para alterar su paz conyugal, le diré lo que sé, aunque, le repito, sé muy poco... El niño de que usted me habla, fué depositado, en mi presencia, en los «Enfants-Asistés». La madre, como no lo ha reclamado nunca, no ha tenido jamás noticias de él. En cuanto a su marido, está igualmente en la misma ignorancia, puesto que ha rehusado siempre ocuparse de este asunto. ¿Vive todavía? ¿Dónde está? A esto no le puedo contestar a usted. Sería preciso, para averiguarlo, practicar una formal pesquisa. Sin embargo, mi opinión es la de que debe haber muerto, según todas las probabilidades, pues la mortalidad entre esos pobres y miserables seres es verdaderamente enorme.

Calló Mateo. Constanca seguía mirándole fijamente.

—¿Me dice usted toda la verdad? ¿No me oculta usted nada?

Y como él protestase de su sinceridad, ella añadió:

—Sí, sí, tengo confianza en usted. Tal vez haya muerto. ¡Ah! ¡Tantos niños que mueren, cuando hay mujeres que serían felices con tener sólo uno!... En fin, aunque esto no sea una certeza, es por lo menos un indicio; gracias, Mateo, por su bondad.

Durante los meses que siguieron, el señor Froment se encontró varias veces a solas con Constanca; pero ésta no volvió jamás a hablar de aquel asunto. De nuevo parecía ignorar, querer olvidar, en un resto de energía. Sin embargo, veía siempre muy preocupada, y no era difícil adivinar que Beauchéne y su esposa se distanciaban más cada día, a medida que iban perdiendo la esperanza de tener un hijo, la única esperanza que les había aproximado. Si conservaban todavía ante el mundo su actitud de buena inteligencia, los hechos anunciaban claramente que aquello era puramente ficticio. Beauchéne había reanudado casi completamente su vida libre de mentiras y ausencias, de hombre cansado de la coyunda matrimonial, tan poco agradable cuando resulta inútil y estéril. Constanca luchaba aún; retenía a su marido con un ansia de lucha que se adivinaba en la mirada de posesión en que le envolvía, resuelta a no rechazarle nunca.

¿Sería posible que hubiera llegado a la impotencia de los Angelín? Todo lo que Constanca había presentido y temido, ¿iba a realizarse? ¿iba a caer su casa en el espantoso vacío en que veía a su amiga? Esta idea de impotencia la exasperaba, la avergonzaba, como si fuera un defecto, y sin embargo, no lo aceptaba como si fuera suyo. La culpa debía de ser de su marido, que tanto se había prodigado y gastado. Lo que había

de ser, fué; llegó la hora furiosa de la querrela de alcoba, en que mutuamente, marido y mujer, se acusaron de aquella esterilidad que les anonadaba. Beauchéne dijo que el problema era fácil de resolver. Pero, ¿a quién consultar? Cuando nombró a Boutan, Constancia protestó desde luego, porque le temía; no quería verle triunfando en aquellas teorías que ella combatió durante tanto tiempo. Por fin cedió, pero con cierto recato, siempre alerta, no consintiendo todavía en dejarse examinar más que por aquel comadrón que la conocía. La mañana en que Boutan fué llamado, encontró a los dos esposos en el pequeño salón amarillo, que él conocía ya por haber visitado en él muchas veces a Mauricio durante su enfermiza infancia. Apenas entró el doctor, las puertas fueron cerradas cuidadosamente, y Beauchéne, a fin de evitar el embarazo de las primeras explicaciones, quiso emplear el tono chancero, empezando por llevar a Boutan ante Constancia, que se encontraba de pié, pálida y grave.

—Doctor, aquí le presento a usted una dama, que desea volver a los tiempos de recién casada... Quiere tener un hijo, y es preciso que la explique usted cómo puede realizar su deseo.

El doctor se prestó de buen grado al juego. Con su ancha cara de hombre de bien, su dulce mirada y su sonrisa exenta de satisfacción por su triunfo, respondió alegre y bondadosamente:

—¿Un hijo? Creo, amigo Beauchéne, que usted sabe tan bien como yo el modo de conseguirlo.

—A fe mía que no, doctor—replicó Beauchéne con aire jovial.—Al menos, tanto yo como Constancia, hemos olvidado la receta. Hace próximamente un año que no procuramos otra cosa que satisfacer el expresado deseo, y esta es la fecha en que aún no lo hemos conseguido.

Y tuvo gran cuidado en añadir, en la vanidosa necesidad de poner a cubierto su responsabilidad de varón:

—Yo creo que no soy el responsable de esta derrota, y si hemos recurrido a sus conocimientos, es sencillamente porque la mamá se empeña en no reconocer su culpa.

Constancia, que hasta entonces había guardado silencio, herida en su amor propio por el giro que su esposo daba a la consulta, sintió que la sangre se agolpaba a su rostro, e intervino con acento de cólera:

—¿Y por qué he de ser yo la culpable? Doctor, para mí, al padre es a quien debe usted examinar, corregir y hasta hacerle objeto de un remiendo, si es que cabe.

—Vaya, querida amiga, considera que no he querido ofenderte, ni causarte pena alguna.

—¿Pena? ¡A buena hora! Para mí no existen más que penas. Lloro a todas las horas... pero no quiero que empieces por arrojar sobre mí toda la culpa de nuestro pesar. Por esto me veo obligada a defenderme y prevenir al doctor, para que sepa al menos a qué atenerse.

Beauchéne trató de calmarla; pero no consiguió sino exasperarla más.

—Tu conducta pasada, tu conducta de hoy, como marido, ¿crees que la conozco de hoy solamente? ¡Ah! no sabes que he estado siempre al corriente de tu abominable existencia.

Beauchéne quiso interrumpirla, inquieto por la crisis que sentía venir.

—Cállate; eso es estúpido. ¿A qué viene ahora todo eso?

—No me toques; me causas horror... ¿Es porque el doctor está aquí? Tú mismo me has dicho que un médico es un confesor a quien se le debe

decir todo, sin ocultarle nada. Por otra parte, ¿te imaginas acaso que él no conoce tu vergonzosa conducta? Eso lo sabe todo el mundo... ¡Cuando pienso que durante veinte años has podido creer en mi ceguera y mi estupidez, porque me callaba!...

Constancia se había puesto delante de su marido, nerviosa, pálida de rabia y furor. Era verdad; había tenido durante veinte años la resignación de callarse; no solamente había ocultado al mundo sus sospechas, sus cóleras; se había abstenido también de todo reproche. El orgullo, la dignidad, la sostenían en pie despreciativa y muda. Además, ¿qué le importaba el padre indigno, que ella no amaba ya, y cuyas caricias, demasiado ruidosas, habían acabado por hacerla repugnarla? ¿No tenía, mejor dicho, no había tenido a aquel hijo, en el cual había puesto todo su amor, toda su alegría, toda su vida? Hubiera muerto sin dignarse formular una queja; para que rompiera su silencio, fue preciso que el cruel destino la hubiera arrebatado aquel hijo, dejándola desamparada, abandonada a las tempestades de su existencia. Entonces su silencio estallaba, el deshielo arrastraba las traiciones de veinte años, su desprecio, su disgusto, todo aquello que había ocultado y que la sofocaba desde tan largo tiempo.

—¡Pobre hombre! Sospeché tus correrías en seguida, a los tres meses de nuestro matrimonio; pero esto no era grave; eran pequeñas infidelidades que las mujeres inteligentes toleran. Y esta tolerancia ha sido causa de lo demás, pues pronto te pusiste a mentirme con impudicia, y una mentira te obligaba a decirme otra. Has caído en el arroyo; en los brazos de las últimas mujeres; has vuelto a casa por las noches, mientras yo dormía, embriagado, emponzoñado por el vicio in-

noble. No digas que no; no añadas una mentira más a la interminable cadena de ellas. Lo sé todo y son inútiles tus protestas y negativas.

Y avanzaba sobre él, lo acorralaba sin darle lugar tan sólo para defenderse.

—El hijo que hoy no puedes conseguir en tu hogar, lo has logrado en el ajeno. La primera advenediza ha tenido derecho a lo que yo no puedo alcanzar. Sí; debes de tener hijos en todas partes... ¿Qué? ¿te ríes? Pues bien: ¿qué se ha hecho del niño aquel de Norina, aquella obrera de la fábrica? ¿No hiciste llevar a aquella criatura a los «Enfants-Asistés»? Y ahora, ¿dónde está aquel niño? Dilo, contesta.

Beauchéne no se chanceaba ya, pálidos los labios y tembloroso, había invocado en su ayuda con una mirada el auxilio de Boutan, el cual había se sentado tranquilamente con aire de atención. ¡Cuántas escenas semejantes y aun más groseras había asistido!... Por regla general, dejaba en tales casos hablar a la cólera, pues sabía por experiencia que sólo en aquellas ocasiones se adquirirían datos concretos y precisos, indicios ciertos, que le servían para estudiar los dramas secretos que determinan los fraudes conyugales.

—Constancia—dijo al fin Beauchéne.—No tienes piedad de mí ¿Quieres que acabemos ya? Si he cometido faltas, creo que bien amargamente las pago... Pero no es conveniente abrumarme, hacerme responsable de toda nuestra desgracia... Tú me reprochas por mi conducta pasada... ¿acaso me has dejado tú siempre que observara aquella conducta? Pues entonces, tan culpable como eres tú de lo ocurrido.

—¡Cómo! ¡Mía la culpa! ¡Mía la culpa!

—Ciertamente... tú misma lo confiesas. Cerra-

bas los ojos, tolerabas mi extravío, consentías mis devaneos. ¿No podías y debías haberme contenido en el mal camino? ¿Quién te dice que las carifiosas amonestaciones, las ternuras, los halagos, no me hubieran corregido? Un hombre que no encuentra en casa la mujer amable, afectuosa, que necesita para vivir, y sobre todo si ese hombre es por naturaleza cariñoso, como yo, tiene alguna defensa, algo que excusa los malos pasos en que pueda meterse. Esa ha sido tu falta.

—¡Mi falta! ¿Pero es que yo me he negado alguna vez a satisfacer tus deseos? ¿Te he rehusado?

—¡Oh! Es que hay maneras de negarse, aun aceptando. Hay cosas que no se discuten, se sienten... Ya que me obligas a usar de un lenguaje brutal, lo emplearé. Una mujer no debe reprochar a su marido el que tenga queridas, cuando esa mujer no ha tenido bastante táctica para retenerlo, para reservárselo del todo. Tú debieras habértelas arreglado de manera para que yo no ansiara más placer que el que podía disfrutar en mi casa.

Constancia escuchaba a su marido indignada fuera de sí.

—¡Pero eso que dices es monstruoso! ¡Es indigno! ¿De manera que porque no gozabas bastante con tu esposa, has ido en busca del placer comprado? ¿Es que yo no he cumplido con mi deber de esposa? Repróchame el haber sido honesta y no haber descendido a la categoría de cierta clase de mujeres que han hecho de tí el sér degradado, imbécil e impotente que eres en la actualidad. He aquí el resultado de tu desordenada existencia.

Beauchéne interrumpió a su esposa con un ademán violento. El reproche de impotencia le produjo el efecto que pudiera haberle causado un

látigo al cruzar su rostro. ¡Y una mujer semejante, «toda huesos», tan torpe y fría para el amor, era la que le arrojaba aquel insulto a la cara!... ¿Podía tener despecho para tanto?

—Sí—continuó Constancia, viendo, o mejor, adivinando lo que pasaba en el interior de Beauchéne.—¡Pégame ahora! Pégame, si a ello te atreves, por decirte la verdad. Es lo único que falta. ¡Placer! ¿Y qué placer querías encontrar? Sabes muy bien que no queríamos hijos, y por lo tanto había que tomar las precauciones necesarias. Por otra parte, yo no he hecho jamás otra cosa que cumplir tus deseos; tener presentes tus advertencias... ¿Acaso vas a pretender ahora que deseabas tener hijos?

—No pretendo nada. Acerca de esto habría mucho que hablar.

—¿Qué? ¿Has querido nunca tener hijos?... Contesta.

—No digo que lo quisiera; pero en cambio, no estaba como tú, siempre alerta, siempre temeroso de cualquier descuido. En condiciones así, es preferible volverse las espaldas. Acuérdate; si mis caricias no hubieran sido rehusadas veinte veces, acaso no ocurriera lo que ahora deploramos.

Esta última afirmación acabó de poner furiosa, fuera de sí, a Constancia.

—¡Mientes! ¡Mientes!—exclamó.—¡Ah! Te comprendo; adivino tu propósito. Quieres hacer creer que yo sola soy la culpable de que no tengamos hoy otro hijo que ocupe el vacío que ha dejado Mauricio. ¡Sí! Eres lo bastante infame para suponerlo y asegurarlo así. Y no quiero, no puedo pasar por ello. Nosotros, los dos, queríamos que nuestro pobre Mauricio fuese solo, único; queríamos verle feliz, triunfante, sin que tuviera que compartir con nadie ni nuestro cariño, ni nuestras

riquezas. ¿No es así? ¿No pensábamos, no obrábamos los dos de perfecto acuerdo? Pues si nos equivocamos, si pecamos, la culpa, la expiación no puede ser mía solamente. Ha de ser de los dos.

Beauchéne no quiso darse por vencido.

—Tendré, si quieres, mi parte de responsabilidad; pero tanto como tú, jamás. Recuerda que tú, por tu parte, tomabas ciertas precauciones...

—¡Yo! ¡yo!

—Sí; tú. Bien claramente lo has dejado traslucir. Tú desconfiabas; temías un momento de locura de mi parte... no lo niegues. Sé de lo que son capaces las mujeres cuando se aferran a una idea.

Constancia se había erguido; parecía buscar el modo de descargar sobre su marido el golpe final que le aplastase.

Pero de pronto un recuerdo terrible acudió a la mente. Sí, Beauchéne decía la verdad; ahora lo recordaba. En cierta ocasión había tomado consejos de una amiga, cuyo marido deseaba una numerosa prole, ansiando ella todo lo contrario... Aquel recuerdo la desconcertó por completo; infundióla en el alma un remordimiento terrible; quizá Beauchéne tenía razón al asegurar que ella únicamente era la culpable de encontrarse sola, sin un hijo que ocupara el lugar de Mauricio. Sin embargo, demasiado orgullosa para hacer una sincera confesión, acabó por decir:

—Tú me vuelves loca... ¡Esto es horrible! Doctor, perdóneme usted. Nuestra casa es un infierno. ¡No puedo más, no puedo más!

Y se marchó, cerrando tras sí las puertas con gran estrépito, a refugiarse en su gabinete. Reinó un momento de silencio en la habitación. Beauchéne, que se había puesto a dar grandes paseos

por la sala, paróse de repente delante de Boutan, y dijo:

—Ya lo ve usted; todas son lo mismo. No podía acabar de otra manera, y después de todo, yo he tenido la culpa, por haber permanecido aquí, cuando lo que debiera haber hecho fué marcharme así que empezó la consulta. En fin, doctor, vuelva usted cuando quiera y la verá sola. Creo que será lo más acertado.

Después, con aquel aire de hombre satisfecho y alegre de la vida, que ya había recobrado, añadió:

—Se empeña en que la culpa de nuestro fracaso es mía, y le ha llamado a usted sencillamente para que la dé la razón. Si ello ha de aliviarla, no tengo inconveniente alguno en que sentencie usted con arreglo a sus deseos; pero, aquí entre los dos, le aseguro, y usted lo sabe mejor que yo, que quien necesita de sus cuidados es ella.

La opinión de Boutan, era, efectivamente, la misma que la de Beauchéne. Conocía perfectamente el caso de que se trataba y había tenido ocasión de experimentarlo muchas veces en su clientela.

A pesar de esta convicción, el doctor hizo algunas preguntas al marido, aunque no tenía necesidad alguna de sus confidencias. Los fraudes conjugales producían una gran desorganización cuando tomaban una especie de carácter normal en las gazmoñas alcobas burguesas. Por su frecuencia, y otras causas fáciles de comprender, alteraban el organismo, en el cual causaban grandes estragos y oclusiones crónicas. Boutan había asistido a Constancia en una inflamación local que padecía y sabía a qué atenerse. La esterilidad de aquella mujer debía ser irremediable.

—Yo no quiero ya mezclarme para nada en es-

te asunto—siguió diciendo Beauchêne.—Visítela usted de nuevo y reconózcala. Estoy seguro de que la curará usted; esto no debe ser imposible en una mujer que no ha cometido excesos de ninguna clase. Por lo demás, yo no estoy conforme con sus teorías de que es preciso tener hijos siempre para poder tener uno cuando se desee... Si esto fuera así, la vida sería imposible.

—¿Qué diría usted—replicó el doctor,—de un hombre que tuviera un manzano del cual arrancara las flores cada primavera, y luego se asombrase de ver que el árbol no producía manzanas? Piense usted en este ejemplo.

Cuando Boutan hubo examinado al día siguiente a Constancia, se ratificó en la opinión que ya había formado anteriormente, aunque esta opinión no podía formularla más que a título de hipótesis probable, ya que las fuentes de la vida no permiten leer en ellas con plena certidumbre. Mostróse muy prudente, muy sobrio de palabras, evitando la completa desesperación de aquella mujer. Por un instante aparentó creer que tenían fundamento las insinuaciones que Constancia cargaba en cuenta a su marido, cuyos excesos, abusos y desórdenes podían indudablemente haber gastado. En todo caso, ella estaba obligada a cifrar toda su esperanza de fecundidad en aquel hombre, vigoroso y joven todavía. Después acabó por admitir la probabilidad de desarreglo de un órgano, desarreglo que había que cuidar hasta su curación.

Sin embargo, un día dejó escapar la grave palabra «oclusión», y tal espanto produjo en Constancia, que el doctor se vió precisado a recoger velas. Mientras tanto, los meses iban transcurriendo y los cuidados que el médico la prodigaba, dos veces por semana, resultaban inútiles. Todo un

tratamiento, religiosamente seguido, se traducía cada vez en una nueva decepción, crisis recientes de espantoso desaliento. Debía llegar el momento en que Constancia perdiese también la fe en la ciencia, que no podía tampoco hacerla madre. Encontró el tratamiento seguido demasiado prudente, y convencida en el fondo de la inutilidad de los esfuerzos de Boutan, se puso en manos de la señora Bourdieu, la cual, después de haberla examinado, se comprometió formalmente a curarla, explicando que el caso de la señora Angélin era muy diferente, pues lo motivaba el abuso, la perversión lenta del órgano. Entonces un nuevo régimen y una nueva época de expectación, empezaron. Durante algunos meses más, fué Constancia a la calle Miromesnil, y allí se sometió a los cuidados más rudos, a las más dolorosas prácticas... Todo era inútil. La naturaleza, tanto tiempo dormida, se resistía a despertar. La esposa de Beauchêne cayó por fin en la angustia de su maternidad muerta. Entonces llegó la verdadera locura; recurrir a los empíricos, la lectura de diarios en busca del anuncio de un remedio, de la dirección de una oficina clandestina de las dedicadas al tráfico con las madres estériles y las madres demasiado fecundas. Una noche se personó en casa de la Rouche, que había añadido a su especialidad, los abortos, la fabricación de una droga infalible contra la esterilidad crónica. Aquella burguesa mojigata, que anteriormente rehusaba el que la reconociera su propio comadrón, frecuentaba ahora las clínicas de los charlatanes, se hacía reconocer continuamente y se hubiera desnudado en medio de cualquier plaza pública de tener fe en un embarazo milagroso caído del cielo. Llegó a hacerse tan fija en ella la idea que perseguía, era tal su furia contra la oposición a su vo-

luntad, que Beauchêne, algunas noches, creyó que se había vuelto loca de remate. Y cuando lo hubo ensayado todo, cuando agotó todos los medios, desde los balnearios a las novenas a vírgenes y santos, no quiso aún darse por vencida, se empeñó durante largo tiempo en esperar un milagro, y juró que violentaría el destino y hasta la naturaleza. Beauchêne vivía muy contrariado. Su esposa no le acusaba ya, no le reprochaba su vida pasada; le retenía constantemente, se empeñaba en no dejarle tiempo ni ocasión para sus correrías, en la convicción de que cada una de sus traiciones le robaba un poco de esperanza. Pero todo esto lo hacía sin ternura, rudamente, con aire de mando y sintiendo hacia su esposo el mismo olímpico desprecio de antes. Le aceptaba como a las drogas nauseabundas que consentía en tomar, con repugnancia y disgusto. También le martirizaba no hablándole más que del hijo deseado, soñado. Y a cada nuevo desengaño, seguían las querellas infernales, los antiguos reproches, las pasadas faltas sacadas nuevamente a relucir. Hubo un momento en que aquella mujer pensó en el adulterio, como última prueba, torturada por la idea que aquella era la única manera de saber si verdaderamente la esterilidad provenía de ella. Sin embargo, no podía decidirse; su temperamento y su educación se rebelaban, y esto acabó de exasperarla. Desde hacía unos dos años que Constancia sostenía aquella lucha atroz, cuando en su espíritu renació una última esperanza. Había recibido las confidencias de Serafina, con la cual reanudó sus relaciones de familia. Aquella otra desgraciada, enferma, envejecida, se pasaba días enteros en el hogar ajeno, temerosa de encontrarse a solas en el suyo. Cuando Constancia la oyó contar amargamente las operaciones de Gaude,

aquel famoso cirujano, pensó que un hombre que tales milagros hacía para evitar la procreación, los haría también para conseguir la generación. No podía olvidar nunca aquella palabra escapada a Boutan: la oclusión.

Esto despertaba en ella la idea de un obstáculo, de un camino obstruído, cerrado. Y si esto era así, ¿quién mejor que Gaude, el ilustre cirujano, era el llamado a devolverle la esperanza? No quiso consultar con nadie; su propósito fué ir directamente a casa de Gaude. Pero cuando suplicó a Serafina que la acompañase a casa del célebre operador, aquélla se negó rotundamente, y exaltándose al fundar su negativa, dijo que no podría volver a verle sin arrancarle algo de su ser: de hombre destructor, de asesino del deseo. Constancia fingió desistir de su proyecto; pero en realidad no hizo más que acariciarlo con más cariño, esperando la hora de hacer ella sola, en gran secreto, la visita. Un día en que Serafina volvía precisamente de casa de la Beauchêne, encontró a Mateo, al cual rogó que la acompañase a su casa, accediendo aquél por la compasión que le inspiraba aquella desgraciada mujer, la cual sentía la misma necesidad de siempre, la de aliviar sus penas confiándolas a quien fuese capaz de comprenderlas y sentirlas. A Mateo, el amante de otros tiempos, el amigo de veinte años, podía hacerle toda clase de confidencias.

—¡Ay, amigo mío! Perdóne usted si lo encuentra todo en el mayor desorden y abandono; yo no veo ya—dijo Serafina, introduciendo a su acompañante en aquel cuartito bajo de la calle de Malignan, en otro tiempo tan lujoso y voluptuosamente arreglado.

Mateo quedó extraordinariamente sorprendido. Serafina no recibía ya, sin duda, aquellas miste-

rosas visitas, para las cuales parecía haber sido hecho aquel cuartito. Las habitaciones cerradas, las colgaduras, los tapices, todo parecía invadido por el frío de la muerte. El pequeño salón preferido parecía una tumba. Aquel salón no era ya el mismo de otros tiempos; aparecía helado, abandonado, en vergonzoso desorden.

—Siéntese usted donde pueda, amigo—continuó diciendo Serafina.—Yo no tengo ya casa; entro aquí para agonizar, para estremecerme de disgusto y de cólera.

Quitóse los guantes, el sombrero y el velo. Mateo la miraba, encontrándola como ya le había parecido en los últimos encuentros que con ella tuvo; pero sobrecogióse de verdadero espanto al verla de cerca, al estudiarla en su inquietante caducidad. Mateo evocaba el recuerdo de algunos años antes; Serafina contaba en aquel entonces treinta y cinco años y se mostraba en la plenitud de su soberbia belleza, su esbelto talle, su cabellera esplendente, su garganta de marfil y sus espaldas impúdicas, sin una sombra. ¿Qué viento terrible había destruído todo aquello, envejeciendo bruscamente a aquella mujer? Parecía que la muerte se hubiera cernido sobre ella, convirtiéndola en un verdadero espectro, en un esqueleto descarnado de mujer, que hubiera vivido ya cien años.

—Ya veo que me mira usted sorprendido; no puede usted creer lo que está viendo. A mí me ocurre lo propio. Cuando me miro al espejo, tengo miedo. Mire usted; he velado todos los espejos por ese motivo; no quiero ver mi imagen, no quiero contemplar mi fantasma.

Mateo se había sentado en un canapé muy bajo y Serafina fué a sentarse a su lado, cogiéndola

las manos amistosamente entre sus dedos afilados.

—¡Oh! No tema usted ya que le violente... soy demasiado vieja y puedo decírsele todo... Ya conoce usted mi historia; yo no he nacido ni para ser esposa, ni para ser madre. He tenido dos abortos y no los he sentido; en cuanto a mi marido, no lo he llorado siquiera; era un loco peligroso. Al quedar viuda, era libre de vivir a mi capricho; ¿no es cierto? No se me puede reprochar el menor escándalo, he conservado mi rango y he hecho lo que se me ha antojado, a puertas cerradas... ¡Solo he soñado un sér, una criatura de amor, de voluptuosidad. Es verdad que le mentí a usted en otro tiempo cuando le conté que estaba enferma, a fin de explicar la operación a la cual fingía resignarme. Por otra parte, estoy segura de no haberle a usted engañado; la cosa era demasiado clara... se lo confieso; he cedido a la locura de ser la única dueña de mi placer, de tomarle como quisiera, sin estar continuamente inquietada por el temor imbécil del hijo. Me he hecho operar para librarme de la naturaleza, ser superior a ella, como carne divina, fuera de la humana. He sentido hambre por saber hasta dónde puede llegar el goce, en el abuso de los placeres impunemente disfrutados... Lo confieso; a pesar de mi actual estado, volvería a hacer lo mismo si fuera posible.

Esta confesión que se le escapaba hábala llevado a una exaltación creciente. Y continuó explicando su triunfo al día siguiente de la operación, cuando había sentido crecer sus deseos bajo las irritadas heridas causadas por el hierro. Era la naturaleza abatida, el espasmo elevado al dècuple, la acogida hecha a todos los amantes. Después, el lento decaimiento había empezado, una

senilidad precoz había llegado. No era ya mujer; parecía que el sexo amputado se llevaba todas sus gracias. Sus cabellos cayeron; sus dientes amarillearon. Sobrevino también una debilidad progresiva de la vista, mientras los continuos zumbidos al oído la atormentaron. Pero lo que más la espantó, fué aquel enflaquecimiento que la descarnaba, que la llenaba de arrugas, que la convertía en un pergamino. Y con gesto de impudor de mujer agonizante, exclamó:

— ¡Oh! usted no lo ve todo aún, amigo mío. ¡Mire usted, mire usted!...

Y sus manos temblorosas abrieron, arrancaron el corsé, dejando al descubierto su garganta y hombros, todo el desastre de su belleza destruída, todo el duelo espantoso de su carne, en otro tiempo tan ardiente, hoy agrietada y seca como un fruto demasiado maduro que se pudre y se cae. Era el estrago de su desnudez secreta, la derrota para siempre del amor. Sus manos temblaron de rabiosa vergüenza cuando cubrieron de nuevo aquella vejez precoz, como si una úlcera inmundada la hubiese corroído.

— Ahora bien, amigo mío, ¿qué hacer? Mis propias manos me parecen no ser ya las mías. No me queda más que un deseo, el de dormir siempre; pero dormir sin ensueños. Sufro espantosas pesadillas; paso mis noches como los días, arrastrándome de silla en silla, en una exasperación creciente que acaba de hacer mi vida insostenible... Y todo esto no es nada aún. Si Gaudé no hubiera hecho más que apresurar mi vejez, la anemia de mi cuerpo, yo me resignaría, diciéndome que era justo el que pagase mi locura. Pero lo que me vuelve loca es que ha matado en mí la sensación, el placer, la sola razón que tenía para vivir. Ya ve usted, amigo mío, que es

esto es un crimen que me hace vivir en la más cruel de las torturas.

Serafina se había levantado de su asiento y se paseaba por delante de Mateo, empleando una afluencia creciente en el lenguaje, dando detalles crueros, como si no la estuviera escuchando un hombre, mientras que éste la contemplaba tristemente. ¡Ah! Elisa envidiaba a las demás operadas, a aquellas que, al perderlo todo, habían perdido también el deseo; a aquella Eufrosia Moineaud, por ejemplo, que podía vivir como la pequeña Cecilia. Pero ella agonizaba por la sensación muerta; a ella le abrasaba el deseo más incitado, más insaciable desde que no podía satisfacerlo. ¿No era un diabólico suplicio el de no poder abrazar jamás más que el vacío, no alcanzar nunca el placer? De las fatigas, de las crisis nerviosas, podía haber salido quebrantada, pero del placer, jamás. Y era su necesidad de placer sin fin, de placer libre, impune, lo que la había decidido a aquella operación, con la cual su placer había muerto para siempre! Las represalias vengadoras de la naturaleza burlada, la idea de que ella había arruinado la voluptuosidad, al amputar a la mujer, la arrojaban a un terror sombrío. Ella, la mujer que a los quince años se había emancipado; ella, cuyo matrimonio no había sido más que un continuo exceso; ella, cuyos desbordamientos de viuita habían consumido tantos amantes; ella, la Mesalina desenfrenada, sin conciencia ni moral, ¡acabar así, por la impotencia absoluta del espasmo!

En el huracán que la había arrebatado, Serafina había creído siempre escuchar una voz que le decía: «No más hijos; pero sí más goce carnal». Y este goce perdido era lo que lloraba en aquel pequeño salón, polvoriento y helado al presente y en donde antes había pasado tantas ho-

ras de loco delirio, anegada en sombras cálidas, embriagada de perfumes. Bruscamente se detuvo delante de Mateo:

—Acabaré por volverme loca. Se dice que en París hay veinte mil mujeres en mi misma situación. Este número constituye un bonito ejército. Quisiera conocerlas a todas para conducir las un día en masa a casa Gaude... ¿No le parece a usted que la entrevista sería divertida?

Después, dejándose caer nuevamente sobre el canapé, cerca de Mateo, añadió:

—¡Ah! ¡ese Gaude! ¿Le he dicho a usted que Constanza me ha rogado que la acompañe a su casa, con la esperanza de que ese cirujano la devuelva su perdida fecundidad? Creo que Constanza es tan desgraciada como yo. Me ha tomado por confidente suya, y me cuenta cosas extraordinarias. Es preciso, en verdad, que el deseo de ser madre sea todavía más violento, más devastador que el mío. Pero, ¿qué importa! quien sufre más soy yo. Sin duda que ella tendrá su desesperación, que lo ensaya todo... pero, ¿si yo le contase a usted lo que he hecho en busca del placer perdido!... He llegado hasta la infancia, he descendido hasta los goces más abominables, a las más soeces brutalidades... ¡Un hijo! ¡ella quiere un hijo! Eso, si no se puede conseguir, se reemplaza fácilmente; se toma un perrito; pero, ¿y la necesidad de contentar el deseo? ¿Acaso se puede vivir sin alimentar el cuerpo? Yo soy la torturada, la sacrificada; no puede existir tormento que se iguale con el mío.

Los sollozos la sofocaron. Mateo la estrechó las manos, vivamente emocionado. Jamás había oído nada tan doloroso, así es que se quedó tembloroso ante aquella imagen feroz del deseo infecundado. Los dos seguían conversando todavía, cuan-

do una nueva visita dejó asombrada a Serafina. Era Constanza, que acababa de satisfacer su empeño y regresaba entonces de casa Gaude. Jamás había ido a semejante hora a la calle de Marignan; pero herida en el corazón por las palabras del cirujano, había experimentado tal necesidad de referir a alguien lo ocurrido, que acudía a casa de Serafina inconscientemente, impulsada por su pasión. Desde la puerta habló ya fácilmente, sin preocuparla ni poco ni mucho la presencia de Mateo.

—¡Ah! Temí no encontrarlos a ustedes... ¿Saben ustedes lo que acaba de decirme su Gaude? Pues oíganlo: «Señora, yo no tengo hijos para los encargos». Esto mismo me ha dicho, sonriendo amargamente... ¡ah, villano!

—Ya le había prevenido a usted—observó Valentina,—se ha burlado de usted, estoy segura de ello. ¿El hijos de encargo? ¡Qué atrocidad! Al contrario; lo que hace es desencargarlos.

Constanza, desfallecida, habíase sentado en el canapé, en el sitio que abandonara su cuñada. Entonces contó su visita al cirujano, el modo cómo había logrado que la examinara al menos. Su desesperación la causaba la brutalidad tranquila con que Gaude la declaró que jamás tendría hijos, añadiendo que la oclusión de las trompas, a consecuencia de inflamaciones sucesivas, hechas crónicas, no dejaban lugar a dudas de ninguna clase, y acabó dando a entender que un embarazo tardío, a su edad, sería causa de un desastre. Muchas otras, entre las damas de su clientela, se hubieran considerado felices con aquella noticia. A centenares las había operado, y a centenares seguía operándolas, convencido de que su bisturí trabajaba en favor de la alegría, de la riqueza y del goce del mundo.

—¡Miente, miente!—gritó furiosamente Serafina. —Es un asesino, y él es precisamente quien ha muerto mi alegría.

—Cuando he salido de su casa—añadió Constan-  
cia,—creí que iba a rodar por la escalera. Sin em-  
bargo, me alegro que haya sido brutal. Ahora  
ya sé que todo acabó para siempre.

Los sollozos la sofocaron de nuevo. Constan-  
cia lloraba su maternidad muerta en el mismo sitio  
en que Serafina lloraba su placer perdido; mien-  
tras que Mateo las contemplaba silenciosamente  
a una en brazos de la otra; a la mojigata y la  
impura, la madre y la amante, reunidas, confun-  
didas por la desesperación y la desgracia. Cuando  
Constancia se despidió de su cuñada, rogó a Ma-  
teo que la diera el brazo para acompañarla. Ha-  
bía despedido su carruaje, quería caminar; Ma-  
teo accedió desde luego, adivinando que el obje-  
tivo de aquella petición no era solamente el de  
buscar su apoyo material.

—Mi querido primo—dijo Constan-  
cia,—llegaron a los desiertos muelles,—perdóname que  
vuelva a hablarte de un asunto desagradable; pero  
sufro demasiado; el último golpe que acabo de  
recibir, me mata... Me tortura el recuerdo de aquel  
hijo de Beauchéne. ¿Quiere usted prestarme un  
gran servicio? Practicar las diligencias necesarias  
para averiguar si vive o ha muerto. Cuando lo  
sepa, me parece que la paz reinará en mi alma.

Sorprendido Mateo, estuvo a punto de con-  
testar que el encuentro de aquel niño, si vivía, no  
le devolvería su tranquilidad. Había adivinado la  
angustia en que Constan-  
cia vivía, viendo a Blas  
ocupar en la fábrica el sitio que estuvo reservado  
para Mauricio, sobre todo desde que Beauchéne  
volvía a entregarse a sus vicios, descargaba  
sobre el hijo de Mateo todo el grave peso de la

casa. El joven matrimonio fructificaba. Carlota  
acababa de dar a luz otro hijo, un muchacho,  
y aquel nuevo hogar de fecundidad invasora, cuan-  
do ella no podría tener un heredero legítimo, la  
desesperaba. Sin penetrar el singular sentimiento  
que ella obedecía, Mateo pensó que tal vez de-  
seaba sondearlo, ver si él estaba detrás de su hijo  
Blas, dirigiendo el complot de aquella invasión  
en perspectiva; esto le decidió a no negarse a la  
petición de Constan-  
cia.

—Estoy a disposición de usted, prima; basta que  
espere de mis pesquisas un poco de alivio. En  
caso de que ese hijo viva, ¿hay que traérselo a  
usted?

Y con voz temblorosa, ella replicó:

—Yo no sé ya ni lo que pido. Sufro demasia-  
do... me siento morir.

No mentía; aún no había formado ningún pro-  
yecto. ¿Soñaría acaso en aquel heredero posible?  
Sí, en su odio contra el conquistador de fuera,  
en aceptar aquel hijo, a pesar de la injuria, de su  
rebelión de mujer, de su odio burgués a la bas-  
tardía? Tal vez la idea del imperio por salvar,  
de la fábrica por volver a manos del heredero, la  
ganaba por encima de sus prejuicios y sus rencor-  
es. Por esto no era más que un huracán de sensa-  
ciones confusas que acompañaba a la desencade-  
nada tempestad que se desarrollaba en el cora-  
zón de aquella madre sin hijos.

—¿Debo poner a Beauchéne al corriente de mis  
investigaciones?—preguntó Mateo.

—Haga usted lo que mejor le plazca. Eso quizá  
será lo mejor.

Aquella misma noche, Constan-  
cia rompió brus-  
camente toda relación con su esposo. Le arrojó  
del lecho marital, de la cámara nupcial. Ya que

no era capaz de dirigir la fábrica, ni podía esperar de él el hijo deseado, no había por qué guardar consideraciones. Podía ya expresarle todo el desprecio, todo el disgusto con que le había tolerado durante tantos años.

Constancia disfrutó de una hora de alegría vengativa cuando pudo pintar a Beauchéne la repugnancia, las náuseas que siempre le había causado con su olor de disolución. Beauchéne tuvo miedo y se marchó a dormir separado de su mujer, asustado cuando Constancia le dijo que ya no le retenía más, que podía volver a su vida de crápula y de obscenidades, que quedaba libre para anegarse y arruinarse por completo. Aquello era el resultado lógico, la inevitable desorganización que se completaba, tras los fraudes exigidos por el egoísta orgullo del dinero; la úlcera del vicio tolerado a los apetitos mal satisfechos del marido; la caducidad lenta del hombre inteligente, del obrero caído en la crápula; era, en fin, el deshielo necesario después de la muerte del hijo único; la madre condenada a esterilidad perpetua; el padre arrojado por ella, rodando hasta el fondo del abismo... Y la vida continuaba...

## II

Cuando Mateo empezó las averiguaciones, en cumplimiento de la promesa que hiciera a Constancia, lo primero que se le ocurrió, antes de consultar el caso con Beauchéne, fué dirigirse directamente al asilo de los «Enfants-Asistés». Si el niño cuya suerte iba averiguar, había muerto, como suponía, el asunto podía darse ya por termina-

do. Acordábase, felizmente, de todos los detalles, del doble nombre de Alejandro Honorato, de la fecha exacta del depósito, de todos los más insignificantes hechos del día en que acompañó a la Couteau en carruaje. Cuando fué recibido por el director del asilo y le hubo explicado el motivo verdadero de su investigación, revelándole su nombre, se vió sorprendido ante la siguiente contestación, pronta y clara: «Alejandro Honorato, dado a criar en Rougemont, en casa de la señora Loiseau, después de haber permanecido en dicha casa hasta la edad de doce años, hallábase desde hacia tres, en casa de un carretero, el señor Montoir, en Saint-Pierre, una aldehuela vecina, haciendo el aprendizaje». El niño vivía, pues, y contaba quince años. Esto es todo lo que pudo averiguar sin adquirir noticia alguna acerca de las condiciones físicas ni morales del muchacho. Ya en la calle, Mateo, algo aturdido, recordó que, en efecto, la Couteau le dijo cierta vez que el hijo de Beauchéne iba a ser enviado a Rougemont. Siempre le había creído, por lo tanto, muerto, llevado por la ráfaga devastadora que diezmará los recién nacidos en aquella aldea, cementerio de pequeños parisienses. Encontrar a aquel muchacho salvado de la mortandad, era una verdadera sorpresa, que causó a Mateo un vago temor de lejano peligro. Ya que el niño vivía y había además dónde encontrarle, creyó muy del caso, antes de seguir adelante en sus pesquisas, prevenir a Beauchéne. Lo que ocurría era grave y debía contar con la aquiescencia del padre. Hecha esta resolución, Mateo se dirigió inmediatamente a la fábrica, donde tuvo la suerte de encontrar a Beauchéne, por una verdadera casualidad. Encontróle áspero y de mal talante, sufriendo las molestias de una difícil digestión, lo cual